

Mis lorzas sureñas

Subía cargando la compra de la semana: dos botellas de aceite que me faltaban y unos bollitos de crema recién horneados, que la repostera de enfrente de la gasolinera hace de muerte. Son redonditos, blanditos, calentitos. Están rellenos de la crema que fabrican los unicornios en sus confiterías celestiales. Y su olor es tan penetrante, que hasta el mismísimo Dios bajaría a la tierra a comprarlos si le estuviese permitido. No cabe duda de que me compré una caja entera, en inicial recompensa por apuntarme al gimnasio.

Como la semana anterior había estado en la casa de mi abuela, y me había llenado la nevera con decenas de táperes, no necesitaba nada más del supermercado, yiqué con ese delicioso gasto extra que sería debidamente fulminado tras horas de yoga, pilates, cinta eléctrica, bicicleta estática y toda esa retahíla de aparatos infernales que podrían corresponderse con el arma homicida en un juicio.

Ascendía por las escaleras como pajarillo en libertad, como si todo aquello fuese ingrávito. Como si cada escalón fuese una bomba de aire que me impulsaba y hacía reír. En mi interior nacía al fin la intención de hacer ejercicio. Reforzada por el goce del azúcar.

Iba canturreando y creyendo sentir el músculo fortalecido de las pesas que portaba con nombre de aceite de oliva. Al fin, tras meses jurando que después de Navidad iba apuntarme al gimnasio, me apunté. Ya no podrían nunca más llamarme *vaga* mis amigas, y tampoco verían nunca más mis lorzas sureñas, que llamé así porque se localizan en la zona baja del tronco y que, como todos saben, *para hacer bien el amor hay que bajar al sur*. Dicho lo cual, nada más que añadir.

La cuestión es que subía felizmente hacia el quinto piso, cuando una de las botellas se enganchó en un recodo de la baranda y reventó. Ojalá acabase la historia diciendo que me tocó remangarme y ponerme a limpiar aquel barrizal. La cosa fue que salió mi vecino del segundo con su perro y resbalaron, yo también resbalé con el mismo aceite; empezamos a caer. Todos dábamos vueltas en el aire y nos golpeábamos con los escalones. La gravedad que no sentía al inicio, me estaba azotando con odio.

Llegamos rodando al piso 0, porque no había sótano. Él se reía porque se encontraba bien, sin embargo, yo no tanto. Mis bollitos de crema ahora eran pasas de aceite bien remojadas por la lengua de su *bulldog*. Acabé yendo por el ascensor con una botella de aceite de 2L y las mismas pocas ganas de volver al gimnasio.

Natalia Escarabajal